

MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación
Hispánica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen I

Edición de Juan Paredes

GRANADA
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

El género autobiográfico en las memorias de Leonor López de Córdoba

Las Memorias de doña Leonor López de Córdoba presentan una doble singularidad dentro del panorama literario Peninsular, ya que no sólo es la primera obra en prosa conocida compuesta por una mujer, sino que también constituye la primera manifestación del género autobiográfico en la literatura castellana¹. Endurecida por la crudeza de los acontecimientos que le tocó vivir se nos muestra como una mujer segura de sí misma y de sus principios que lucha por su honor, y en sus últimos años, en un acto de defensa y justificación, quiso recuperar su pasado y dejar a la posteridad sus Memorias como testimonio de lo que vio y vivió “*juro (...) como todo esto que aquí es escrito, es verdad que lo vi, y pasó por mí*” (p. 16).

No disponemos del manuscrito original, dictado por Leonor a un escribano, sólo contamos con una copia de principios del siglo XVIII conservada en la Biblioteca Colombina², y cuatro ediciones de finales del siglo XIX y principios del XX³ de otra copia de 1773, hoy en día en paradero desconocido. La última edición de las Memorias fue realizada en 1977 por Reynaldo Ayerbe-Chaux⁴,

1. GHASSEMI, R., La “crueldad de los vencidos”. Un estudio interpretativo de las *Memorias de doña Leonor López de Córdoba*. *La Crónica*, 18, 1, 1989-90, pp. 19-31, p. 19.

2. Signatura 63-9-73.

3. 1.- MONTOTO, J.M., “Reflexiones sobre un documento antiguo” (875), *El Ateneo de Sevilla*, nº 16, 1985, pp. 209-14.

2.- Marqués de la FUENSANTA DEL VALLE., *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, 81 (Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1883), pp. 33-44.

3.- RAMÍREZ de ARELLANO, T., *Colección de documentos inéditos o raros para la historia de Córdoba*, (Córdoba, 1885) I, 150-64.

4.- CASTRO y ROSSI, A. de, “Memorias de una dama del siglo XIV y XV (de 1363 a 1412), doña Leonor López de Córdoba”, *La España Moderna*, nº 163 (julio, 1902) pp. 120-46, nº 164 (agosto, 1902) pp. 116-33.

4. AYERBE-CHAUX, R., “Las Memorias de Doña Leonor López de Córdoba”, *Journal of Hispanic Philology*, vol. II, 1977-78. Conserva las mayúsculas, la puntuación y los acentos, y señala en bastardilla las letras que completan las palabras abreviadas.

basándose en la copia de la Biblioteca Colombina; transcribe también los errores del copista y anota las variantes más significativas de las cuatro ediciones anteriores. En esta edición se basa el presente trabajo.

La autobiografía como género literario tiene un desarrollo más tardío en la historia de los géneros. Fue sin duda con el éxito de las *Confesiones* de Rousseau (1782-1789) cuando se produjo la primera toma de conciencia colectiva acerca de la existencia literaria de la autobiografía y de su autonomía e identidad como género. Sin embargo no fue la primera, entre otras, el propio Rousseau reconocía la importancia de Jérôme Cardan, que escribió su vida en latín en 1575, y la de Montaigne de la misma época pero, sobre todo, habrá que remontarse catorce siglos a Rousseau para resaltar la importancia de las *Confesiones* de San Agustín, que trascienden los límites de la literatura religiosa, convirtiéndose en el antecedente más importante.

Es difícil establecer una definición de la autobiografía precisa y completa; a fin de limitar sus fronteras, es necesario un análisis comparativo con otros géneros colaterales sobre todo con las memorias, diarios íntimos, biografías y novelas⁵. Para

5. Es difícil establecer un límite claro entre autobiografía y memoria, ya que el término memoria se introdujo en el lenguaje muchos siglos antes y designaba una gama muy extensa de obras diversas. Pero en un análisis general basado en la intencionalidad, vemos que el autor de las memorias se centra en los acontecimientos más interesantes y llamativos de su vida con la intención de informar. La autobiografía, sin embargo, puede mostrar a la vez los motivos junto a los actos y reacciones del hombre de una forma más completa. No obstante, surgida originariamente de las memorias, no ha adquirido de hecho más que una autonomía precaria: las fronteras que la separan son, en muchos casos, fluidas, subjetivas y móviles.

Tiene en común con el diario íntimo que ambos, desde la perspectiva del presente, reflexionan acerca de los acontecimientos del pasado, pero la distancia en el tiempo entre el acontecimiento y su narración es mayor en el caso de la autobiografía por lo que el recuerdo puede modificarse y no tener la precisión y exactitud de la primera impresión, más cercana al diario íntimo. Este retroceso en el tiempo que realiza el autobiógrafo le permite reflexionar y jerarquizar sus recuerdos; la ordenación del pasado se convierte en una característica fundamental. Lo más importante no es la fidelidad de la narración autobiográfica a la realidad, sino la necesidad que tiene el autor de organizar su existencia, de recordar ciertos momentos y dar coherencia y significación a su vida.

La comparamos ahora con la biografía, ambas comparten la vida humana como tema de su escrito. Pero en un análisis profundo encontramos más diferencias que semejanzas. En primer lugar la biografía utiliza materiales exteriores, documentos sobre los que basarse para trazar el desarrollo de una persona, por tanto puede verlos a distancia y someterlos a una crítica objetiva. Por el contrario, la autobiografía es subjetiva, y los únicos materiales con los que cuenta son sus propios recuerdos, y el único medio su memoria. Por otro lado, el punto de partida también es diferente, mientras el autobiógrafo siente la necesidad de recobrar sus experiencias pasadas desde el presente de la escritura, para el biógrafo, que escribe también desde el presente, será la curiosidad la que le lleve a ahondar en el pasado: puede aislar un momento concreto de la historia de su personaje sin mezclar experiencias posteriores.

Con la novela mantiene una relación muy particular: aunque en un principio tomó sus procedimientos narrativos las influencias posteriores fueron recíprocas. Si nos basándonos en la posición que adopta el escritor dentro de la obra, vemos que en las dos se centra en la vida de un personaje que en el caso de la novela

Zimmermann⁶ el rasgo básico de la autobiografía es “la coherente interpretación de sí mismo desde un punto de vista especial, que ayuda a reconstruir la propia vida dándole cohesión y unidad”; para Firpo⁷ es una “autointerpretación de la experiencia vivida”; May, G.⁸ la define como la descripción de la vida, llena de contradicciones y rupturas, de una personalidad excitante desde un punto de vista unificado y una perspectiva definida. Género literario que busca la autenticidad⁹ y utiliza una forma narrativa con reflexiones insertadas.

El carácter autobiográfico de las Memorias de Doña Leonor López de Córdoba es innegable: Leonor se remonta cuarenta años en su vida para encontrar entre sus recuerdos un hilo conductor que ponga orden a su existencia; el hecho de poner por escrito sus recuerdos, después de tanto tiempo, implica, inevitablemente, una aproximación o un enfrentamiento entre el pasado del recuerdo y el presente de la escritura, que se manifiesta en la alternancia de ambos dentro de la narración¹⁰. De esta reconstrucción surgen interferencias que le hacen contemplar los acontecimientos desde otra perspectiva, donde las imágenes subjetivas se sobreponen al desarrollo de los hechos; selecciona sus recuerdos y los va hilvanando en base a una idea fija: devolver el prestigio material y personal a su estirpe. Esta selección supone una mayor movilidad dentro del tiempo: no necesitará seguirlos tal y como se presentaron en el transcurso de su vida, sino que se desplaza con libertad quedando a veces lagunas de varios años.

Podemos establecer tres etapas en su vida: la primera correspondería a los nueve años de prisión tras el cerco de Carmona, marcados por la muerte de su padre y hermano; la segunda a los que permaneció bajo la protección de su tía materna en los que recupera su estatus y cuyo punto central es la muerte de su hijo, víctima de la peste del 1400; por último, una tercera etapa, que no incluye en sus *Memorias* y es quizás la más importante, que corresponde a los años que pasa

autobiográfica refleja la personalidad del autor y puede estar escrita en primera persona. Si comparamos la novela autobiográfica con la autobiografía novelada observamos lo difícil que puede resultar establecer una separación clara entre los dos géneros, ya que no sólo les une un tema común, sino también los mismos procedimientos literarios.

6. PRICE ZIMMERMANN, T.C., “Confession and Autobiography in the Early Renaissance”, in: *Renaissance Studies in Honor of Hans Baron*, Biblioteca Storica Sansoni, n. s. 49 (Firenze: De Kalb, 1971), p. 121.

7. FIRPO, A., “Un ejemplo de autobiografía medieval: las “Memorias” de Leonor López de Córdoba (1400)”, *Zagadnienia Rodzajow Literackich*, Lodz, XXII, nº 1, 1980, pp. 19-31.

8. MAY, G., *La Autobiografía*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica de México, 1982 (1ª ed. en francés, 1979).

9. Este compromiso no implica que el autor no pueda modificar u omitir aspectos embarazosos para él o para terceros.

10. MAY, G., *La Autobiografía*: “El autobiógrafo no puede escapar del presente en el que escribe a fin de recuperar el pasado que narra”.

en la corte como Camarera Mayor de la reina doña Catalina de Lancaster y su posterior expulsión y retiro a Córdoba hasta el final de sus días.

Estas tres partes aparecen ligadas por un tema común: la traición; en la primera de don Enrique, que la priva de su familia, en la segunda de sus primas, que la separan de su tía y bienhechora, y en la tercera de Inés de Torres, que la aparta del lado de la reina.

Leonor nació en Calatayud, diciembre de 1362 / enero 1363, “*en casa del Señor Rey, que fueron las Señoras Ynfantas sus hijas mis Madrinas*” (p. 20), la prematura muerte de su madre hizo que su padre la casara cuando no era más que una niña, “*me casó mi Padre de siete años con Ruy Gutiérrez de Henestrosa*” (p. 17), hijo único de Don Juan Hernández de Henestrosa y portador de una cuantiosa dote, que ella refiere minuciosamente para ensalzar su propia alcurnia y honor.

Así, de tener una vida privilegiada “*residiamos en Carmona con las hijas del Señor Rey Don Pedro*” (p. 17), los avatares de la historia la llevan a una degradación total, marcada por la muerte, el dolor y el desamparo. En opinión de János Szávai, “*una de las condiciones previas para una autobiografía realmente valiosa es que debería presentar una vida llena de tensión, crisis y rupturas*”.¹¹

La crisis de Leonor comienza cuando el rey Don Enrique, ante la imposibilidad de tomar Carmona por la fuerza, mandó al condestable de Castilla para que pactase con don Martín López de Córdoba la rendición de la ciudad. Las condiciones que impuso fueron dos: poner a las infantas a salvo en Inglaterra y que él, sus hijos y seguidores fueran perdonados y dados por leales al nuevo monarca.

Una vez entregada la villa, cuando fueron a besar su mano, don Enrique no mantiene lo acordado y ordena la ejecución de don Martín tras confiscar todos sus bienes y encarcelar a toda su familia y seguidores. Cuando Leonor evoca este momento sólo ve la inocencia de su padre que acepta su destino con orgullo antes que ser desleal a su señor “*Más vale morir como Leal, como Yo lo hé echo, que no vivir (...) habiendo sido Traydor*”¹² (p. 18).

Durante los nueve años que permanecieron encarcelados en las atarazanas de Sevilla sufrieron todo tipo de calamidades. Allí pasó la mayor parte de su infancia y juventud, cuando recuerda aquellos años le vienen a la memoria escenas que evoca con angustia y humillación, detalles impresionistas que le quedaron grabados para siempre; recuerda a su hermano don Lope López que, además de tener sesenta libras de hierro en los pies como los demás, “*tenia una Cadena encima delos hierros en que havia setenta eslabones*” (p. 19), seguramente contados una

11. SZÁVAI, J., *The Autobiography, Studies in Modern Philology I*, Akadémiai Kiadó, Budapest, 1984, p. 103.

12. Sin embargo antes de rendir Carmona le había ofrecido lealtad a don Enrique para ser perdonado.

y otra vez en los largos días de presidio, recuerda también a su marido en el *“Algive dela hambre”* (p. 19) donde pasaba cinco o seis días sin comer ni beber porque era primo de las infantas.

A las miserias de la cárcel se suma también el contagio de la peste que cuesta la vida a sus hermanos y amigos, pero el dolor que ella siente no es por la muerte en si, sino por la humillación a la que fueron sometidos después de muertos, sin la menor consideración a su nombre ni a su persona *“é á todos los sacaban á desherrar al Desherreradero como Moros”* (p. 19), repitiendo la comparación *“como moros”* de forma obsesiva (observaciones y comentarios de este tipo hacen que el presente se manifieste dentro de la narración), y la codicia de los frailes que desentierran los cadáveres de sus cuñados para robar sus collares.

Sólo ella y su marido habían logrado sobrevivir cuando fue ordenada su excarcelación. Cuando Leonor evoca este momento, no se traslucen en sus palabras ni la más mínima condena a la traición de un rey, que había llevado a su familia a la más absoluta degradación, sino todo lo contrario, habla de él con devoción: *“Y en esto murió el mui alto, y mui Esclarecido Señor Rey Don Enrrique de mui Santa y Esclarecida memoria”* (p. 19), y aunque ordena en su testamento que les devuelvan todos sus bienes el desamparo tras la liberación es total.

Sumidos en la pobreza comienza la lucha por su patrimonio pero cuando su marido trata de recuperar sus bienes no le hacen caso *“por que no tenía estado ni manera”* (p. 20) para poder demandarlos:

“é los derechos já sabeis como dependen á los Lugares que hán conque se demandar” é asi perdiose mi marido, é andubo siete años por el mundo, como Desbenturado, y nunca halló Pariente, ni Amigo que bien le hiziese, ni huviese piedad de EL”

Mientras tanto ella permanece en casa de su tía materna Doña María Carrillo, *“estos mis tios fueronse dende á servir al Rey Don Enrrique (cuando era conde)”*, por temor a Don Pedro, que había matado y desterrado a muchos miembros de su familia. A partir de este momento comienza una nueva etapa en su vida.

Su fe reflejada en sus largos rezos, plegarias y buenas obras, que tienen como consecuencia el apoyo de su tía Doña María Carrillo, hará que todo vuelva a su lugar; el papel que juega la Virgen como mediadora le da un reconocimiento inquestionable a su palabra y a su historia. Esta es la única forma posible y justa para ella, puesto que sin la intervención divina, incluso la ayuda que le presta su tía hubiera sido humillante. Por ello a cada logro antepone una invocación a la Virgen para justificar el resultado, *“cada noche rezaba treszientas Aves Marias de Rodillas, para que pusiese en Corazon á mi Señora”* (p. 21), *“rezabale 63 veces esta Oracion que se sigue con 66 Aves Marias”* (p. 22),

Después de casi siete años bajo la protección de Doña María, sobre el 1379 -

1386 aproximadamente, Leonor como sabía que su marido “*andava perdido por el Mundo*” (p. 20) solicita entrar en la Orden de Guadalajara, fundada por sus bisabuelos “*para querenta Ricas Hembras de su Linaje*” (p. 20) “*y toda la Orden alcanzaronlo en dicha*”. Cuando su marido se entera de que “*estaba mui bien andante*” regresa a Córdoba; doña María les proporciona unas casas junto a las suyas y los acoge a comer en su casa y “*por que no viniesemos por la Calle á comer á su mesa, entre tantos Cavalleros que havia en Cordoba*” (p. 21) le pide abrir un postigo que las comunique, pero influida por las habladurías de las criadas no accede a sus deseos.

A lo largo de la narración Leonor se nos presenta como modelo de buena cristiana, pero endurecida por los avatares de la vida desde muy corta edad, no permite que nada ni nadie se interponga en su camino, así no tiene el más mínimo pudor en admitir su asesinato de la criada que le hacía “*mas contradicion*” (p. 21) que se murió en sus manos “*comiendose la lengua*” (p. 21). Entre este suceso y lo que narra inmediatamente después transcurren aproximadamente diez años.¹³

En este tiempo tiene lugar un robo en la judería y Leonor adopta un niño huérfano “*para que fuese instruido en la fee*” (p. 21) y con ello acrecentar sus méritos ante la Virgen. Un día suplica a su tía que le compre unos corrales que los clérigos de San Hipólito tenían en venta, ya que este preciso lugar se le había revelado en sueños como su futura casa, y aceptó “*pues havia diez y siete años que estaba en su Compañia*” (p. 21), debido también a sus plegarias a Santa María y su buena obra con el niño judío: “*é tengo que por aquella Caridad que hize en Criar aquel Huérfano en la fee de Jesu Christo, Dios me ayudo a darme aquel comienzo de Casa*” (p. 22), que con su propio esfuerzo y la ayuda de su tía convirtió en dos palacios una huerta y varias casas para el servicio.

En estos últimos años del siglo XIV, Leonor ya gozaba de una situación privilegiada, sin embargo tuvo que hacer frente a otras amargas: la muerte de su hijo víctima de la peste que devasta Andalucía a principios del siglo XV, y el abandono de su tía presionada por sus hijas que “*nunca estaban bien con migo, por el bien que me hacia su madre*” (p. 23).

Huyendo de la epidemia se va a Santaella y después a Aguilar, donde se hospeda en casa de su primo Alonso Fernández; desde Ecija llega también su hijo adoptivo contagiado por la enfermedad, ante la imposibilidad de permanecer con la familia, Leonor ruega a un antiguo criado de su padre que lo acoja en su casa y

13. Como anteriormente dijimos, el autobiógrafo se mueve libremente hacia adelante y atrás en el tiempo con una peculiar espontaneidad, quedando con frecuencia intervalos en blanco que resultan de un proceso de selección de los recuerdos.

“treze Personas, que de noche lo velaban, todos murieron” (p. 23), ante el desamparo del enfermo le pide a su hijo Juan Fernández que lo vele y “aquella noche le dió la pestilencia é otro día le enterré” (p. 24), lo que aumentó la enemistad de Doña Teresa, mujer de su primo Alfonso, porque su hijo moría “*por tal Ocasion en su Casa*” (p. 24).

En este punto se ha hablado de la “crueldad” de Leonor. Según Ghassemi Leonor actúa según su entendimiento de lo que es su deber, para ella la muerte no representa ninguna tragedia mientras no vaya acompañada de deshonor o cobardía, es por esta razón por la que prefiere ver morir a su hijo de doce años antes que verlo vivir habiendo sido cobarde y desobediente (p. 28). Para Ghassemi la lealtad de Leonor a su criado converso, no es sino un reflejo de la lealtad de su padre a la causa de Pedro I, (p. 30).

A la vuelta del entierro Doña María Carrillo, presionada por sus hijas y nuera, le comunica que debe apartarse de ella “y yo le dixé con muchas lagrimas: Señora, Dios no me salve si merecí por que, y así Vineme á mis Casas á Cordoba” (p. 25).

Acaba aquí sus *Memorias*, habiendo cumplido su intención, devolver el prestigio a su nombre y dejar constancia de su situación apartada de su tía y bienhechora sin razón alguna.

La última fecha que podemos constatar es 1400-1401, años en que tuvo lugar, en palabras de Leonor “una pestilencia muy cruel” (p. 22); sin embargo, la mayor parte de los estudiosos coinciden en señalar el período entre 1410-12 como la fecha de redacción.

Como hemos visto, las *Memorias* abarcan desde su infancia hasta 1400 aproximadamente, esto es, los años de cárcel y los que pasó al lado de su tía, pero no menciona nada acerca de la corte, en la que residió desde 1406 como Camarera Mayor de la reina Doña Catalina de Lancaster (una de las nietas de Pedro I a quien su padre había puesto a salvo en Inglaterra). En la *Crónica de Don Juan II*¹⁴ se recoge lo siguiente: “la Señora Reyna (...) tenía una dueña natural de Córdoba llamada Leonor López, hija de Don Martín López, (...), de la cual fiaba tanto e amaba en tal manera”¹⁵ Por este tiempo la corte se encontraba dividida en dos bandos, el de doña Catalina, esposa de Enrique III, y el de don Fernando de Antequera porque los dos querían asumir la educación de Juan II. Tras un primer acuerdo don Fernando impone como condición la expulsión de la corte de los consejeros de la reina, sobre todo su predilecta, Leonor; aunque siguió mante-

14. Iniciada por Alvar García de Santa María y continuada por Fernán Pérez de Guzmán.

15. BAE, vol. LXVIII, p. 278. Recogido en MARIMON, C., *Prosistas Castellanas Medievales*, p. 148.

niendo con ella una estrecha relación epistolar. Los problemas llegarían más tarde cuando se desplaza a Cuenca para pedir a don Fernando que le permita volver al lado de la reina, pero esta, influida por los malos consejos de Inés de Torres, su nueva privada, piensa que la está traicionando y le ordena que vuelva a Córdoba bajo la amenaza de ser quemada.

Que Leonor no incluya esta etapa de su vida en sus *Memorias* puede ser debido, como señala Ayerbe-Chaux, a que los acontecimientos están demasiado próximos y son demasiado dolorosos para ser recreados en perspectiva (p. 32). La comprensión que puede dar el tiempo ahora no puede tener lugar porque es una realidad para ella.

Lo mismo que desde el presente ha ahondado en su memoria para encontrar razones que salvaguarden su nombre, intenta ahora, en vano, encontrar las causas que le hagan comprender la realidad. Amparada en sus deseos de santidad dicta Leonor López de Córdoba sus *Memorias*, para hacer frente a esta nueva crisis, desencadenada por las amenazas de la reina y su expulsión de la corte. A lo largo de la narración se nos presenta como modelo de buena cristiana que tuvo que afrontar muchas penalidades desde su infancia y superar duras “pruebas” en su vida; sin permitir que nada se interpusiera en su camino su único objetivo era esclarecer su nombre y recuperar su estatus. Leonor, de forma inteligente, hace responsable, con resignación y con orgullo, a la Voluntad Divina de todos los favores que había recibido y, a la vez, deja zanjada cualquier duda acerca de su inocencia, en relación a los acontecimientos que desencadenaron su expulsión de la corte, al presentarse desde la perspectiva de cristiana perfecta y elegida.

Piedad CALDERÓN